



CAPÍTULO QUINTO

La armonía del sentimiento.

PÁJAROS, peces y mamíferos, cuando se sienten capaces de amar y quieren conquistar el amor, echan fuera órganos nuevos, nuevos cantos, seducciones novísimas, y con la fascinación estética ó musical libran las grandes batallas de la voluptuosidad. Muestran á sus respectivas hembras lo que tienen de más bello, de más irresistible y cogen así el premio de la victoria.

Y así hacen también el hombre y la mujer.

Se adornan, ocultan sus propios defectos y muestran su propia belleza; y como entre ellos las batallas se libran en esfera más alta, cada uno de los dos limpia las virtudes enmohecidas é inventa otras nuevas, desterrando ó aprisionando los vicios y debilidades morales. Carpinteros, tapiceros y pintores recorren toda la casa desde la mañana hasta la noche, para que todo esté resplandeciente de pulcritud y alegría, como si esperasen á un huésped ilustre ó á un gran personaje.

Y tienen razón, porque el huésped á quien esperan es nada menos que el Amor.

Sino que pájaros, peces y mamíferos, terminada que es la estación del amor, cesan de cantar y pierden las armas volviéndose humildes y vulgares como eran antes de las bodas. Y el compañero seducido por la representación que acabó, no tiene ocasión de hacer comparaciones odiosas ó de lamentarse inútilmente, porque ya se han separado y ninguno de los dos piensa en el otro.

El hombre, por el contrario, á victoria acabada, echa el telón de la comedia erótica, pero queda el matrimonio.

Queda el matrimonio con los defectos que se presentan ya ante nuestros ojos, con los vicios

que brotan de los tallos cortados, con las pequeñas iniquidades que todas y á una vuelven del destierro á que fueron condenadas.

Es esta una de las fuentes más fecundas en desengaños en el matrimonio, y conviene prevenirlos. Nosotros debemos descubrir á través de la natural coquetería del sexo el fondo de la verdad que se oculta, y por encima del barniz y del pulimento, reconocer el metal que hay debajo.

Y no es todo hipocresía este embellecimiento artificial del hombre y la mujer que se hacen el amor; es una necesidad natural é irresistible de mostrar á la persona amada lo mejor que se posee, ocultando todo lo malo que uno tiene. Pero de esta necesidad inocente se asciende por una escala de muchísimos peldaños hasta la hipocresía más refinada, que convierte el cobre en oro, el cristal en diamante, el demonio en ángel.

Poquísimos saben ver claro cuando tienen delante de los ojos los lentes del amor, y no en vano, desde la más remota antigüedad, se pintó á este dios con los ojos vendados.

El enamorado es tan ciego, ó por mejor decir, es tan daltónico, que confunde los colores, y se halla tan alucinado que ve virtudes donde

no hay más que vicios, que encuentra simpática la debilidad, chanza la mentira, juego la traición.

El más fino espíritu de observación, el más profundo conocimiento del corazón humano, no bastan para defendernos de estas seducciones que nos hacen siempre ver á la persona amada como un paisaje á través de un velo purpurino.



Y sin embargo, la desarmonía de caracteres es el peligro más grave y también el más común que sobresale en el matrimonio y puede llegar á tal grado que obligue á los cónyuges á la separación, y cuando la ley lo consienta, hasta el divorcio. Es el terrible accidente que se llama en términos oficiales y legales *incompatibilidad de caracteres*.

Ahora bien, ¿qué significa esta terrible palabra? ¿Qué mónstruo es este que puede desatar lo que el amor ha unido, que puede transformar en tormento la voluptuosidad, en hiel la miel, en infierno el paraíso? Cuando haya escrito mi libro *Los caracteres humanos*, que hace tantos años medito y acaricio, podremos con luz más viva aclarar este punto oscuro de la psicología de los individuos y de las naciones. Ahora

concédaseme que trate dicho problema á grandes rasgos y sólo en cuanto puede contribuir á la felicidad del matrimonio.

Ante todo, hagamos constar el hecho de que ninguna desarmonía, entre tantas como son posibles entre un hombre y una mujer, ejerce más poderosa influencia que la nacida del des-acuerdo de los caracteres.

Puede haber felicidad entre un rico y una pobre, entre un pobre y una rica, entre un joven y una mujer madura, entre un viejo y una joven, entre dos personas de inteligencia diversa y de diferente cultura; tenemos ejemplos raros, pero bien conocidos, de acuerdo perfecto con todas estas desarmonías accidentales. Pero cuando los caracteres chocan y luchan entre sí,

Lasciate ogni speranza o voi che entrate

la desesperación será el estado habitual de la existencia de ambos.



Incompatibilidad de caracteres no quiere decir desigualdad de gustos, de afectos, de aspiraciones; por el contrario, la diversidad es necesaria para la perfecta armonía entre el hombre y la mujer (lo hemos repetido cien

veces), se aman tanto más y tanto mejor cuanto más hombre es el hombre y más mujer la mujer, que es como decir, cuanto más diversos son entre sí.

Incompatibilidad de caracteres quiere decir, en términos vulgares, un buey y un caballo árabe enganchados á un mismo carruaje, un ciervo y una tortuga que se ponen á andar juntos, una oca y una golondrina enlazadas con un mismo hilo y condenadas á volar unidas. Y si os parece que estas comparaciones pecan contra la verdad, es porque en su enormidad apenas dan una idea de los desacuerdos psíquicos entre un hombre y una mujer. En aquellas uniones monstruosas del ciervo con la tortuga, del caballo con el buey, de la golondrina con la oca, no se trata en último resultado más que de un problema de locomoción; pero en el camino que deben recorrer un hombre y una mujer á través de la vida, no solamente se trata de velocidad, sino de ambiente, de medida, en una palabra, de todo lo que puede modificar los sentidos, los sentimientos y el pensamiento. Para hallar una comparación apropiada que nos pintase al oído las torturas de dos seres desgraciados que deben vivir juntos, no hay otra que la de un pez y un pájaro

condenados á estar unidos. Y ni aun esta comparación basta, puesto que del pez y del pájaro uno de los dos muere de seguro y pronto, mientras que del hombre y la mujer ninguno muere, sino que vive muriendo, no sintiendo de la vida más que la náusea, el dolor, la aflicción.

También los galeotes están unidos con una cadena, sin consultar sus simpatías; pero (menos mal) tienen siempre de común el parentesco psíquico del delito, que les aproxima, y á veces el del vicio, y en ocasiones la esperanza de escapar les hace aliados, hasta puede hacerles hermanos; pero en aquella galera que es un matrimonio desgraciado, la cadena no es una sola, sino que hay ciento, mil, todas ellas invisibles, pero que con otros tantos nervios unen dos existencias condenadas al triste parentesco de una tortura común que se redobra con la tortura del otro. Hay la cadena del corazón, hay la cadena del gusto, hay la cadena de las simpatías y la de las antipatías, y la de los hábitos y la de los deseos y la de las lamentaciones, y á través de todas estas cadenas van corrientes de desprecio, de rencores, de odios, de maldiciones, de venganzas y de represalias.

El más pequeño movimiento de uno en la

cadena de galeote que les une, hace sentir el propio dolor á otro, que se lo devuelve redoblado por el dolor propio, recrudescido por la venganza;



y todo dolor tiene un eco, y el eco se repite y centuplica, hasta que la vida toda llega á ser un dolor continuo, como si todo nervio tuviese

el tétanos y cada órgano del cuerpo y del alma se transformase en un diente dolorido. Y cuando una herida olvidada se cicatriza, un movimiento más brusco de lo acostumbrado rompe de nuevo la cicatriz y abre la herida, no guardando en aquellas almas de mártires un solo miembro que no sufra, ni un solo sentimiento que no sea dolor.

He aquí lo que es la *incompatibilidad de caracteres*, que con razón fué juzgada por muchos legisladores como causa bastante de divorcio. Lo es y lo debe ser; más que la impotencia, más que los malos tratamientos, más que cualquiera otra causa de separación.

*
*
*

Esta desarmonía de los sentimientos tiene muchas y variadísimas formas, pero en el fondo siempre hay este esqueleto:

*Lo que á mí me agrada á ti te desagrada;
lo que á tí te alegra á mí me hace sufrir.*

*
*
*

La mujer es un armiño que se deja matar antes que atravesar un campo nevado manchado de fango.

El hombre, por el contrario, como el chim-

pancé, gusta de la suciedad, con la que se embriaga y no hay parte alguna de su cuerpo ni de su alma que no ame el fango.

¿Cómo pueden vivir juntas estas dos criaturas?

*
* *

Él es optimista hasta el cinismo, egoísta hasta la adoración de sí propio, y tiene como divisa: *après moi le déluge*.

Ella es pesimista por haber puesto tan alto el propio ideal, que ninguna mano humana puede tocarlo. No puede vivir una hora sin amor y sin dedicar un pensamiento, un acto, un sacrificio, al bien de cualquiera.

¿Cómo han de vivir unidos?

*
* *

Él no ha sentido nunca la necesidad de lo sobrenatural y no cree ni en Dios, ni en el alma.

Ella ha nacido mística, y la educación materna la ha hecho religiosa y supersticiosa. Tiene una gran tendencia al ascetismo.

¿Cuándo pueden ser felices estas dos criaturas?

*
* *

Él es franco, expansivo hasta la imprudencia y por otra parte impetuoso hasta la cólera. Dice pronto y en alta voz lo que piensa, blasfema y maldice, sin perjuicio de olvidar una hora más tarde el temporal que se ha desencadenado dentro de él.

Ella está cerrada con siete llaves, y tímida y desconfiada, espresa siempre la décima parte de lo que siente, temerosa todavía de aquella avara expansión. Delicada como una sensitiva, se apena si encuentra por obstáculo un grano de arena, un pelo, una pluma. En todo ve una ofensa, una falta de cariño; en todo sospecha el mal, y en el bien busca con celo inquisitorial las intenciones perversas.

Estos dos ¿serán felices viviendo unidos?

*
* *

Él es misántropo por inercia y por desconfianza; detesta la sociedad y la evita cuanto puede.

Ella adora las conversaciones



rumorosas, las charlas gárrulas y alegres, los teatros y los bailes, sin que por eso busque en estos lugares ocasión de pecar, sino solamente porque adora todo lo que produce rumor y aturde.

Y estos dos, siempre juntos, ¿podrán bendecir el matrimonio?

*
* *

El es demócrata por nacimiento, por instinto y por educación; detesta todas las formas de despotismo, desde el despotismo del sañre hasta el despotismo del Parlamento. Es socialista y sería anarquista si no tuviera el corazón sano y bueno y si no amase con pasión á los hombres.

Ella pertenece á una familia noble decaída, y conserva y adora el propio blasón; cuando alguno por cortesía la trata de marquesa, se ruboriza de placer y el corazón, palpitando frecuentemente, le hincha el pecho. Siente un respeto profundo y sincero hacia toda clase de autoridad y se inclina reverente ante el sacerdote, ante el soldado, ante el príncipe.

¿Pueden estos dos bendecir, unidos, la vida?

*
* *

Él es avaro y no quiere confesarlo; esconde las propias rentas para lamentarse perpetuamente de su pobreza. Nada escapa á su inquisición económico-doméstica: ni los céntimos dados de limosna á la puerta de casa, ni la luz de más que se enciende, ni los posos de café arrojados al jardín antes de hacer de ellos una segunda ó tercera edición. Sus tristes lamentos por los gastos excesivos, por las excesivas compras, llenan el aire que le rodea de un tufo de pobreza y de miseria.

Ella es generosa, espléndida, hospitalaria y caritativa. Quisiera gozar y hacer gozar y oír como todos le responden: ¡*gracias, gracias!* No comprende como se puede vivir atormentado en el presente, pensando en el lejano porvenir. Le seduce hasta la fascinación del *incierto mañana*. Cree en la Providencia y en la fortuna y defiende con calor á todos los desgraciados.

¡Y son marido y mujer!

*
* *

El se halla siempre en un estado de excitación febril ó de depresión. Dice á todos que el hombre más infeliz es el que no siente ningún

entusiasmo y el más feliz el que los siente todos, confiando él en ser de estos últimos.

Ella, en cambio, es fría siempre y aborrece toda forma de entusiasmo, porque le parece una forma de locura. Detesta la poesía, todas las embriagueces psíquicas y todas las pasiones cuando exceden de los 10°. Desprecia el heroísmo, el sacrificio, el martirio, contentándose con decir que sus placeres son la novela y el teatro.

Y estos dos seres, ¿vivirán siempre unidos?

*
* *

Bastan estos pocos ejemplos tomados de la realidad, para que podáis formar una idea de las infinitas desarmonías de los caracteres que pueden darse en la asociación del matrimonio.

Claro es que no todas son tan flagrantes, tan descaradas, pero son más complejas, más complicadas, y el desacuerdo casi nunca es por una sola nota, sino por muchas juntas.

¿Cómo haremos, pues, para defendernos del peligro de una *incompatibilidad de carácter*?

De una sola manera: estudiando y reestudiando el carácter de aquella á quien queremos hacer compañera de la vida.

Luego de estar bien persuadidos de que ella se mostrará mucho mejor de lo que es en realidad, conviene hacer cualquier esfuerzo para sorprenderla en camisa, y mejor aún, desnuda del todo. Hablo, como es natural, en sentido figurado, es decir, desnuda de todo artificio de coquetería y de hipocresía.

Comenzad por examinar el ambiente moral en que vive, y antes de estudiarla á ella, estudiad á los futuros suegros. Ella no es más que una rama de aquella planta sobre la cual queréis injertar vuestra vida, y gran parte del carácter de los hijos está en el de sus padres.

Muy raramente una madre ligera y libertina tiene una hija casta, y en una familia de bribones casi nunca nace un lirio de inocencia. Tenemos derrochadores, hijos de avaros y viceversa; beatos, hijos de ateos, é incrédulos, hijos de beatos; pero en punto á costumbres morales, rara vez se tiene la herencia de antagonismo. Examinad sobre todo el ambiente moral en que ha nacido y se ha desarrollado la mujer que váis á tomar por esposa, sus hábitos, los libros que lee, las diversiones que prefiere. Informáos también del carácter de sus amigas, y en ellas, como en un espejo,

veréis más de una vez el alma de la mujer que apetecéis.

Conozco un ángel de mujer, que tiene muchas amigas que la quieren á cual más y que están celosas una de otra por su cariño. Estas amigas son todas ellas mujeres superiores, de gustos delicados, de sentimientos nobles y de ánimo generoso. Todas cantan á coro las virtudes de la primera y sin conocerla la juzgué un ángel. Y no me he equivocado.

Después de haber hecho una investigación psicológica sobre los padres y sobre las amigas, no os avergoncéis en descender á escenas más humildes. Interrogad á la doncella, á la cocinera, al cochero, á la modista; en una palabra, á todos aquellos que por una ú otra razón la sirven y la obedecen.

Nadie nos conoce mejor que la gente de nuestro servicio, ante la cual no hacemos lujo de hipocresía, ni ostentación de falsas virtudes; y si una criada no sabe hacer un análisis psicológico de la joven, os describirá los secretos más íntimos de su carácter.

Las naturalezas buenas, nobles y generosas, nunca maltratan á sus criados, porque sienten hacia ellos toda la compasión que merece su estado y ejercen sobre ellos las virtudes do-

mésticas y cotidianas de una benevolencia tierna y afectuosa.

Desconfiad siempre del carácter de quien maltrata á la gente de servicio y la cambia á cada momento. Casi siempre es gente perversa que no pudiendo desahogar sus malos instintos en esferas más altas, atormentan á los esclavos domésticos y desahogan las vanidades engañosas, los ocultos celos, todos los malhumores y los rencores todos de las pequeñas luchas sociales, sobre la doncella, la modista ó la peinadora.

Si, por otra parte, tienen necesidad de despotismo, lo ejercen sobre aquellas pobres víctimas pagadas á tanto el mes y condenadas á vivir de todos los escrementos morales de sus amos. Conozco señoras de la más alta aristocracia del dinero y el blasón que no se avergüenzan de pegar á sus doncellas de una manera cruel y bárbara. Si llegáis á saberlo, no transijáis, no perdonéis: evitad el contacto de quien más tarde ejercerá la misma perversidad, igual tiranía sobre vosotros y sobre vuestros hijos.

*
* *

Yo os aseguro que terminada vuestra investigación sobre la herencia y la amistad, y aquella otra más íntima de los criados de vuestra predilecta, si os ha dado buen resultado, hallaréis un alma hermana de la vuestra, con la cual cantaréis el himno de la felicidad perfecta: la felicidad en dos.

Pero esto es una fortuna rarísima. En la mayor parte de los casos no hallaréis ni el desacuerdo absoluto ni la armonía ideal, sino un acuerdo parcial, que podréis con vuestros esfuerzos y vuestra propia voluntad transformar paso á paso, hasta llegar á convertirla en la armonía perfecta.

Si vuestro amor es grande y profundo; si también ella os ama mucho y os ama bien, estad seguros de que los escollos desaparecerán, de que las montañas se allanarán, y de que las espinas se caerán por sí mismas, porque el amor es el más grande de los magos y sabe convertir la hiel en ambrosía. En esta obra taumatúrgica la mujer sobre todo es habilísima y tenéis que ser el egoísta más refinado, la criatura más antipática de este mundo, si después de pocos meses vuestra compañera no consigue haceros marchar de común acuerdo con ella.

Y tened en cuenta que esta armonía no debe ser ya de la víctima resignada ó la del esclavo sometido: este es un acuerdo artificioso y falso que dura poco y vive mal. Debe ser una suave y conveniente adaptación de las asperezas del uno con las suavidades del otro; debe ser una aclimatación inteligente y benévola de ambiente, de gustos, de hábitos, de modo que la dirección del sarmiento rebelde se haga sin dolor y sin rotura; de modo que el pámpano parezca complacerse de la ligadura con el chopo que lo sostiene, y los racimos rubios y alegres sonreirán de placer ante el pámpano y el chopo.

También la felicidad es un fruto que exige un sabio y cuidadoso cultivo. El chopo que sostiene somos los hombres; la vid es nuestra compañera que se apoya en nosotros, ligada por los lazos del amor y de la recíproca indulgencia.

Sobre todo, procurad casaros con mujer buena, y que os ame, no por el título que lleváis, no por el dinero que constituya vuestra fortuna, sino porque le parecéis hermoso y os estima y sentirá noble y legítimo orgullo ostentando vuestro nombre.

Y entonces, estad seguros de que las pequeñas relativas á desacuerdos de carácter des-

aparecerán, y en la indulgencia con que vuestra compañera soportará vuestros defectos, hallaréis cada día, á cada hora, una prueba de aquel amor que no acabará más que con vuestro último suspiro.



CAPÍTULO SEXTO

Las armonias del pensamiento.

DEBEMOS casarnos con una mujer tonta, con una mujer inteligente ó con una literata?

Si á esta pregunta se contestara por plebiscito, de cien respuestas tendríamos probablemente el siguiente veredicto:

En favor de la mujer tonta: *10 votos.*

En favor de la mujer literata: *0 votos.*